

# Sentirse Iglesia en el invierno eclesial

Víctor Codina

1. SÍNTOMAS DE UN MALESTAR .....	3
2. DIAGNÓSTICO DE LAS CAUSAS DE ESTA SITUACIÓN	
2.1. Problemas intraeclesiales .....	5
2.2. ¿Cómo hemos llegado a esta situación? .....	6
2.3. Causas extraeclesiales .....	7
3. BUSCANDO CAMINOS: ALGUNAS VERDADES OLVIDADAS	
3.1. Dios es mayor que la Iglesia .....	8
3.2. Prioridad del Reino sobre la Iglesia .....	10
3.3. La Iglesia es pecadora .....	11
3.4. La Iglesia está bajo la fuerza del Espíritu .....	13
3.5. La Iglesia no se identifica simplemente con la jerarquía .....	16
3.6. La Iglesia es la Iglesia del Jesús histórico y pobre de Nazaret .....	19
3.7. Conclusión .....	22
4. ACTITUDES CRISTIANAS ANTE LA IGLESIA DE HOY	
4.1. Gratitud y amor .....	23
4.2. Fidelidad crítica .....	24
4.3. Esperar contra toda esperanza .....	26
EPÍLOGO NARRATIVO .....	29
NOTAS .....	30

Impreso en papel y cartulina ecológicos • Edita CRISTIANISME I JUSTÍCIA • R. de  
Llúria, 13 - 08010 Barcelona • tel: 93 317 23 38 • fax: 93 317 10 94 • info@fes-  
pinal.com • Imprime: Estilo Estugraf Impresores S.L. • ISBN: 84-9730-136-6 •  
Depósito Legal: M-22738-2006 • Mayo 2006

# 1. SÍNTOMAS DE UN MALESTAR

---

Cuando Ignacio de Loyola en sus Ejercicios dedica unas reglas para sentir en la Iglesia (EE 352-370)<sup>1</sup>, la Iglesia vivía los tiempos difíciles del paso de la Cristiandad medieval a la Modernidad y a la Reforma. No queremos comparar aquellos tiempos con los nuestros, ni pretendemos reformular las reglas ignacianas para nuestros días<sup>2</sup>. Nos limitamos a preguntarnos cómo vivir la dimensión eclesial de nuestra fe cristiana en el contexto del mundo de hoy, en un momento de crisis eclesial.

Los que vivimos la primavera conciliar del Vaticano II en la década de los 60, no podemos menos de sorprendernos ante la actual situación eclesial, 40 años después del concilio. Al entusiasmo y euforia postconciliar ha sucedido ahora una atmósfera de desconcierto, perplejidad, crítica, rechazo, desánimo, miedo, autocensura, disidencia respecto

al magisterio jerárquico, disminución de la práctica dominical y, en general, sacramental, el descenso vertiginoso de vocaciones al sacerdocio y a la vida religiosa, automarginación, abandono de la Iglesia, indiferencia. Muchos afirman: “Jesús sí, Iglesia no”. Se ha hablado de la existencia del cisma silencioso de los miles que abandonan hoy la

Iglesia católica. Hay cristianos sin Iglesia, hay creencia sin pertenencia eclesial. Otros sectores eclesiales que no llegan a darse de baja de la Iglesia, viven un sentimiento de impotencia, rabia, dolor, miedo, silencio y tristeza eclesial. Las mujeres, en especial, se hallan en una situación límite en la Iglesia, con el riesgo de que la Iglesia, que en siglos pasados perdió a los intelectuales y a los obreros, ahora pierda a las mujeres. Algunos afirman que “otra Iglesia es posible” y hay quienes postulan un concilio Vaticano III. Otros creen que esta situación ya no es sostenible por más tiempo, es explosiva y algún día reventará...

Es verdad que esta crisis eclesial no es uniforme: se constata sobre todo en el primer mundo, más fuertemente en Europa y de un modo especial en España<sup>3</sup>. Pero aun en el tercer mundo y más concretamente en América Latina, desde donde se escriben estas páginas, hay síntomas claros de que esta situación está también llegando tanto a sectores de cristianos

conscientes como al mundo de los jóvenes. No podemos desconocer tampoco que muchos grupos populares de América Latina abandonan de hecho la Iglesia Católica para ir a las sectas, mientras que otros grupos se han alejado de la práctica de la Iglesia y viven un divorcio entre su fe y su vida<sup>4</sup>.

La Iglesia se ha convertido en un problema, un escándalo, un impedimento para la fe, un signo de contradicción.

Estamos muy lejos de las triunfalistas palabras del Vaticano I que afirmaba que la Iglesia es un grande y perfecto signo de credibilidad (DS 3013-3014) También resulta lejana la afirmación de Romano Guardini a comienzos del siglo XX que la Iglesia se estaba despertando en nuestras almas<sup>5</sup>. Algunos teólogos pronosticaban que el siglo XX sería el siglo de la Iglesia<sup>6</sup>. Esta época que culminó con la dos constituciones del Vaticano II sobre la Iglesia, *Lumen Gentium* y *Gaudium et Spes*, parece hoy haberse clausurado.

## 2. DIAGNÓSTICO DE LAS CAUSAS DE ESTA SITUACIÓN

Hay que reconocer que los problemas intraeclesiales son los que más afectan a los cristianos un poco lúcidos de hoy. La lista de dificultades es larga y conocida<sup>7</sup>. Aunque los medios de comunicación social han difundido profusamente el escándalo de los abusos sexuales de sacerdotes y obispos, seguramente no es esto lo que escandaliza más al Pueblo de Dios.

### **2.1. Problemas intraeclesiales**

Escandaliza más el centralismo eclesial, el creciente debilitamiento de las Iglesias locales y de sus Conferencias episcopales, el poco respeto a los derechos humanos dentro de la Iglesia, la doctrina del magisterio sobre sexualidad y moral sexual (celibato, matrimonio, anticonceptivos, homosexualidad..) y bioética, el alejamiento de la comu-

nión eucarística a los divorciados vueltos a casar, el proceso para el nombramiento de los obispos y para la elección del obispo de Roma, la exclusión de la mujer del ministerio y de muchos centros de decisión eclesial, el freno a las voces más proféticas (entre los teólogos, en la vida religiosa e incluso entre los obispos...), la obsesión por la ortodoxia y la falta de diálogo con el mundo de la ciencia, la búsqueda del poder

y de la “seguridad eclesial”, el freno a la teología de la liberación, la forma actual del ejercicio del primado, el mantenimiento de estructuras de Cristiandad medieval (Estado Vaticano, nuncios, cardenales...), el estancamiento del ecumenismo, el miedo al diálogo inter-religioso, la poca aceptación de la opinión pública y del “disenso” en la Iglesia, el escaso espacio concedido a los laicos, el cerrar el camino a otros tipos de ministerios, incluso a la ordenación de hombres maduros casados (*virii probati*), el alejamiento de la Iglesia de los pobres y el alineamiento de la jerarquía con gobiernos no sólo conservadores sino ultraconservadores y dictatoriales, el eciesiocentrismo de una Iglesia que se muestra más preocupada de sus derechos e intereses eclesiales que de los del pueblo y de los pobres, etc.

Notemos ya, desde ahora, que prácticamente todas estas dificultades tienen que ver con la jerarquía de la Iglesia, tanto romana como local. Más tarde volveremos a reflexionar sobre este aspecto.

## 2.2. ¿Cómo hemos llegado a esta situación?

En primer lugar, el Vaticano II, aunque estableció los grandes principios para una eclesiología de comunión, no logró en muchos casos llegar a concretar las decisiones para llevar a la práctica esta comunión eclesial. Pero además de ello, en la euforia de la primavera conciliar se cometieron excesos y abusos que asustaron a los dirigentes de la Iglesia. Era comprensible que tras siglos de cerrazón eclesial, la apertura de las

ventanas de la Iglesia al Espíritu, produjera desconcierto y exageraciones. Es semejante a las avalanchas de nieve que suceden en la primavera en las cumbres montañosas, luego del duro invierno.

Comenzó, entonces, una atmósfera de miedo, ya en tiempos de Pablo VI, y que ha perdurado hasta el final de pontificado de Juan Pablo II. Esto ha llevado a una postura de retraimiento que ha sido llamada involución eclesial (revista *Concilium*), restauración (GC Zízola), invierno eclesial (Rahner), vuelta a la gran disciplina (J.B. Libanio), noche oscura (J.I. González Faus)<sup>8</sup>. G. Alberigo, historiador del Vaticano II, afirma que pareciera como si la minoría que en el Vaticano II había quedado de algún modo marginada, ahora volviese a enarbolar las banderas de la tradición antimodernista, antiliberal, antiprotestante y anticomunista.

Es cierto que hacia el final de pontificado de Juan Pablo II se dieron algunos síntomas de distensión, como si el Papa al final de su vida se diera cuenta de que había que revertir esta situación y apuntar a un nuevo estilo de Iglesia. En 1986 se reunió en Asís con representantes de todas las religiones mundiales para dialogar a favor de la justicia y la paz. En el 2002, después del atentado terrorista del 11 de septiembre, volvió a convocar otra reunión con la misma finalidad. En su exhortación apostólica *Ante el tercer milenio*, 1994, pide a toda la Iglesia que vuelva al espíritu del Vaticano II (n 36) y renueve su opción por los pobres (n 51). En la carta encíclica *Ut unum sint* (1995) sobre el ecumenismo, Juan Pablo II pide a todas las Iglesias cristianas que repien-

sen juntamente con él la función del primado de Pedro en la Iglesia (n 95-96), lo cual significa que percibía que la actual forma del ejercicio del primado romano se ha convertido más en signo de división que de unidad entre los cristianos. En el año del jubileo, 2000, ante el asombro de muchos, el Papa pide perdón por los pecados de la Iglesia, en especial por los del segundo milenio.

### 2.3. Causas extraeclesiales

Pero junto a estas causas más intraeclesiales hay otras extraeclesiales. La crisis eclesial actual debe situarse dentro del contexto más amplio de los profundos cambios socioculturales de nuestro tiempo<sup>9</sup>. La Iglesia, que en el Vaticano II, después de siglos de rechazo, se abrió tímidamente a la Modernidad, se encuentra hoy desconcertada ante los avances de la técnica, de la globalización y de la nueva mentalidad postmoderna.

En primer lugar, la toma de conciencia del pluralismo religioso y de la posibilidad de salvación fuera de la Iglesia, ya afirmada por el Vaticano II (NA 1; LG 16; AG 9; GS 22) ha creado una problemática nueva sobre el valor salvífico de las religiones no cristianas, de sus fundadores y de sus escrituras, sobre el concepto y sentido de la evangelización, sobre la necesidad del diálogo inter-religioso, etc. Todo esto cuestiona y parece relativizar el sentido de la unicidad y centralidad de Cristo, de la necesidad y función de la Iglesia en la historia de salvación, su misión evangelizadora. Este es el punto más candente, el ojo del huracán de la teología actual,

que parece desplazarse de América Latina a Asia, de la liberación al diálogo inter-religioso.

Más aún, la Modernidad secular cuestiona el mismo concepto de Dios, se habla de la muerte de Dios (Nietzsche), de eclipse de Dios (Buber), de crisis de Dios (Metz), de crisis epocal (Küng), de final del período axial que termina con 6.000 años de creencia religiosa (Jaspers, Pánikker), de religiones sin Dios (Metz), de ausencia y silencio de Dios en la cultura de la inmanencia (Martín Velasco). JMR Tillard se pregunta si somos los últimos cristianos: los bancos de las iglesias están cada vez más vacíos, los que asisten a la iglesia cada vez tienen más cabellos blancos, los seminarios están desiertos<sup>10</sup>. Y K. Rahner predice que el cristiano del siglo XXI o será místico o no será cristiano...

El Cardenal Walter Kasper ha expresado muy bien esta nueva situación al afirmar que el Vaticano II fue excesivamente eclesial, mientras que el problema de hoy es presentar los presupuestos humanos de la fe y los accesos a la fe en Dios<sup>11</sup>.

Todo esto nos hace ver que la crisis eclesial va mucho más allá de los problemas de la sexualidad o del nombramiento de los obispos, sino que nace del cuestionamiento del mismo sentido y concepto de Dios. La crisis eclesial, que no sólo es de cambio estructuras sino de fundamentación teológica.

Ante esta situación ¿tiene todavía sentido hablar de sentir con la Iglesia, de sentir en la Iglesia, de sentirse Iglesia?

### 3. BUSCANDO CAMINOS: ALGUNAS VERDADES OLVIDADAS

---

En esta crisis eclesial todo intento de solucionar los problemas simplemente invocando a la obediencia de los fieles, al silencio, a no criticar... está condenado al fracaso. Es necesaria una nueva iluminación teológica, una nueva catequesis, una nueva iniciación a la experiencia eclesial fundante.

Sin ánimo de ser exhaustivos, proponemos algunas pistas que, aunque tradicionales, muchas veces han quedado olvidadas a lo largo de la historia de la Iglesia. Estas verdades olvidadas están mutuamente implicadas, pero para mayor claridad las expondremos por separado.

#### **3.1. Dios es mayor que la Iglesia**

No se puede comenzar hablando de la Iglesia, si antes no se habla de Dios.

Si los santos y santas de la historia han sido hombres y mujeres de Iglesia, es porque ante todo eran hombres y mujeres de Dios, místicos que habían tenido una profunda experiencia de Dios.

Teresa de Jesús, que fue una gran mujer de la Iglesia en medio de sus dificultades con la institución eclesial, tiene la libertad de decir en su conocida estrofa que “sólo Dios basta” Este “sólo Dios basta” es la expresión de una experiencia profunda, mística, fundante, del misterio de Dios, que desborda to-



das las mediaciones históricas, de algún modo las relativiza, y es al mismo tiempo la que las puede dar sentido e integrar.

Tampoco Ignacio de Loyola propone sus reglas para sentir en la Iglesia al comienzo de sus Ejercicios, sino al final, cuando supone que el Creador y Señor se ha comunicado inmediatamente al ejercitante, abrazando su alma en su amor y alabanza (EE 15). Sólo habla de la Iglesia después de la experiencia fundante del Principio y Fundamento (EE 23), después de haber contemplado toda la vida de Cristo y después de la Contemplación para alcanzar amor (EE 230-237). Ésta concluye con la oración “Tomad, Señor y recibid”, cuyo final “dadme vuestro amor y vuestra gracia, que ésta me basta” (EE 234) equivale al “sólo Dios basta” de Teresa. Sólo a partir de esta experiencia se puede comprender a Ignacio como hombre de Iglesia.

La Iglesia es ciertamente un misterio, es humana y divina, es una mediación hacia Dios, pero no es Dios, quien en su infinita soberanía y amor desborda todo límite humano. Dios es mayor que la Iglesia, que todas las instituciones y estructuras de la Iglesia peregrina. El Vaticano II lo afirma claramente en un texto del capítulo VII de la *Lumen Gentium*:

“Y mientras no haya nuevos cielos y nueva tierra (cf. 2 Petr 3, 13), la Iglesia peregrinante, en sus sacramentos e instituciones, que pertenecen a este tiempo, lleva consigo la imagen de este mundo que pasa, y ella misma vive entre las criaturas que gimen entre dolores de parto hasta el presente, en espera de

la manifestación de los hijos de Dios (cf. Rm 8, 19-22)” (LG 48).

Por esto mismo en el Credo Apostólico, la Iglesia no aparece como una especie de cuarta persona de la Trinidad a la que haya que adorar y ante la que haya que arrodillarse, sino que la Iglesia entra en el Credo unida a su tercer artículo, a la profesión de fe en el Espíritu Santo. En realidad sólo el Dios Trinitario, Padre, Hijo y Espíritu, son objeto y término de nuestra fe, no directamente la Iglesia. En lo que creemos es en la presencia del Espíritu Santo que actúa de modo especial en la Iglesia, perdona los pecados, es el agente de la resurrección de la carne y nos da la vida eterna<sup>12</sup>. Más adelante volveremos sobre esta vinculación entre el Espíritu y la Iglesia. Aquí sólo queremos marcar la prioridad teológica y teológica de Dios sobre la Iglesia. Si la Iglesia es un misterio es porque forma parte del proyecto misterioso de Dios con el mundo.

### *Necesidad de una mistagogía*

Uniendo todo esto con lo que antes afirmábamos de la crisis actual de fe en el mundo secularizado, podemos deducir que sin una experiencia profunda de fe en el misterio de Dios, absoluto, inefable, inabarcable, abismo sin orillas, amor incondicionado, que se nos ha comunicado en Cristo como vida y salvación... sin esta experiencia fundante, no podremos acceder a la Iglesia.

De ahí que la tarea más urgente de la Iglesia en nuestros días sea la de iniciar a esta experiencia personal e inmediata de Dios, facilitar el acceso a una mistagogía, sin la cual todas las demás

mediaciones eclesiales carecen de base. No se pueden proponer dogmas o verdades de la Iglesia para creer, ni normas morales para cumplir, si no ha habido antes iniciación a una experiencia que nos lleve a “beber de nuestro propio pozo” (San Bernardo, retomado por Gustavo Gutiérrez), a encontrar dentro de nosotros una fuente de agua viva que salta hasta la vida eterna (Jn 4, 14).

Sin esta experiencia de fe, nuestra visión de la Iglesia se reduciría a la de una simple realidad intramundana más, una simple organización sociocultural, una especie de ONG, un organismo humanitario o cultural más, como la UNESCO, la ONU o la Cruz Roja. Esta es la visión de Iglesia que nos suelen ofrecer los medios de comunicación social y siempre tenemos el riesgo de quedarnos con esta percepción meramente exterior y sociológica.

### **3.2. Prioridad del Reino sobre la Iglesia**

En estos últimos años la teología cristiana ha redescubierto la importancia de la escatología y dentro de ella la centralidad del Reino de Dios en la cristología<sup>13</sup>. El centro de la predicación de Jesús de Nazaret no fue la Iglesia sino el Reino (Mc 1, 15). El Reino es el proyecto trinitario de Dios de comunicar al mundo, misericordiosamente, su propia vida, comenzando por salvar la vida humana de todo sufrimiento y de todo mal. Sus parábolas y milagros son signos del Reino que ya comienza a hacerse presente (Lc 11, 20).

La conocida frase del modernista A. Loisy, “Jesús predicó el Reino y vino la

Iglesia” puede ser leída críticamente, como si la Iglesia hubiese acontecido no sólo al margen sino contra la intención de Jesús. Pero puede darse una lectura positiva, en el sentido que nos hace tomar conciencia de que el Reino es mayor que la Iglesia y la Iglesia ha de orientarse al Reino, es semilla del Reino (LG 5), su símbolo, su sacramento, un signo profético del Reino.

Hay, pues, una tensión entre Iglesia y Reino y en esta tensión acontece toda la historia de la Iglesia, con sus errores y pecados, pues es una Iglesia peregrina que camina hacia la escatología del Reino de Dios, pero no ha llegado a ella (LG VII).

Esto significa que la Iglesia no puede estar centrada en sí misma, no puede ser eclesiocéntrica, sino que su punto de mira ha de ir más allá de ella, hacia fuera. Consiguientemente, la Iglesia no puede quedar encerrada en sus miembros, su doctrina, su liturgia, sus sacramentos, sus leyes, sino que debe ser una Iglesia servidora del mundo, preocupada no sólo de los derechos de sus hijos sino de todos los derechos humanos.

En el fondo no es más que seguir el camino de Jesús, que no vino a ser servido sino a servir (Mc 10, 45). Y cuando Jesús lanza su programa misionero en Nazaret afirma que ha sido ungido por el Espíritu para anunciar la buena noticia a los pobres, la liberación de los cautivos, la vista a los ciegos y proclamar un año de gracia (Lc 4, 16-22). A sus discípulos también les envía para anunciar el Reino, curar enfermos y liberar endemoniados (Lc 9, 1-6). El Reino no es una bella y lejana utopía, abstracta y genérica, sino algo muy con-

creto, liberar del sufrimiento y de todo mal.

Por esto Jesús orienta su misión a dar vida, a liberar del sufrimiento y de la muerte, a anunciar el perdón y la gracia, especialmente a los pobres, marginados y excluidos de la sociedad: enfermos, pecadores, mujeres, niños, gente mal vista por los dirigentes de Israel.

Cuando surja la Iglesia después de Pascua y la venida del Espíritu, deberá seguir la línea de Jesús. Por esto no se limita a anunciar la Palabra (*kerigma*) ni a celebrar la eucaristía (*liturgia*), sino a servir a los pobres (*diaconía*), como ha recordado Benedicto XVI en su encíclica *Dios es amor* (n 25).

### *Del Pueblo de Dios al pueblo pobre*

La teología se ha interesado más por la Iglesia como institución religiosa y Pueblo de Dios (*laós*) que por el pueblo pobre y marginado (*óchlos*) al cual Jesús hace milagros, alimenta, perdona, porque siente compasión de él<sup>14</sup>.

Esto significa que a lo largo de la historia la Iglesia ha ido centrándose en sí misma (*laós*) y relegando a un segundo lugar su orientación más amplia al Reino de Dios y a los pobres (*óchlos*). Cuando Juan XXIII diga, poco antes del Concilio, que la Iglesia tiene que ser ante todo la Iglesia de los pobres, no hará más que ser fiel al mensaje y vida de Jesús.

Más aún, a lo largo de la historia, la Iglesia se ha identificado muchas veces ella misma con el Reino de Dios, como si ella fuera ya el Reino de Dios presente en la tierra. Esto se ha puesto de manifiesto en el modo cómo la institución

eclesial, sus ministros, sus estructuras se han ido sacralizando, olvidado su carácter simbólico del Reino. La Iglesia de Cristiandad, que ha durado dieciséis siglos, hasta el Vaticano II, es un ejemplo de esta tentación teocrática y davídica de la Iglesia.

Otra consecuencia de que el Reino es mayor que la Iglesia es que ella no es la poseedora en exclusiva de la salvación ni del Espíritu, que ha sido derramado sobre toda carne y actúa más allá de sus fronteras, no sólo en las demás Iglesias cristianas sino en todas las religiones y culturas de la humanidad. La afirmación de que “fuera de la Iglesia no hay salvación” no es más que una expresión de esta triste identificación que se ha dado entre la Iglesia y el Reino de Dios.

En el fondo, afirmar que el Reino es mayor que la Iglesia es una consecuencia de la afirmación anterior de que Dios es mayor que la Iglesia.

Esto no significa que la Iglesia no tenga sentido, ni que no deba anunciar el evangelio de Jesús a todas las gentes, bautizar y celebrar la eucaristía. Lo único que significa es que todo esto se orienta el Reino de Dios, del que la Iglesia es un signo profético, un signo “prognóstico” en expresión de Santo Tomás<sup>15</sup>, un sacramento en expresión del Vaticano II (LG 1; 9; 48).

### **3.3. La Iglesia es pecadora**

Estamos tan acostumbrados a hablar y escuchar hablar de la “santa Iglesia” que nos puede resultar extraño escuchar que la Iglesia es pecadora.

Esto escandaliza a los sectores conservadores de la Iglesia para quienes la Iglesia es inmaculada, sin mancha ni arruga. Pero asombra también a los sectores progresistas, para quienes la Iglesia de Cristo debe ser fiel al evangelio y por tanto una Iglesia infiel al evangelio no sería la Iglesia de Cristo.

### *La tentación de puritanismo*

A lo largo de la historia no han faltado grupos puritanos que pedían se expulsase a los pecadores de la Iglesia, que se escandalizaban de que la Iglesia perdonase pecados, que intentaban separarse de la gran Iglesia para formar una Iglesia de puros y santos, una Iglesia del Espíritu.

Tertuliano, los montanistas, los novacianos, los donatistas, los cátaros y albigenses medievales, los espirituales de Joaquín de Fiore, los fraticelli franciscanos, los husitas, los mismos reformadores del siglo XVI, todos ellos criticaron duramente los pecados de la Iglesia e intentaron edificar una Iglesia realmente santa, al margen de la Iglesia corrompida de su tiempo.

Pero el evangelio nos habla de que sólo en la eternidad se separarán los malos de los buenos, mientras que ahora coexisten el trigo y la cizaña (Mt 13, 24-30; 36-43), los peces malos y los buenos (Mt 13, 47-50). En la Iglesia hay pecadores, a los cuales siempre se les ofrece el perdón. Todas las exhortaciones sobre el juicio y el castigo final, expresadas en un estilo apocalíptico, lo único que pretenden es llamar a la conversión. Consiguientemente, la

Iglesia que peregrina en la tierra no sólo contiene pecadores sino que ella misma es pecadora, pues la Iglesia no es un ideal abstracto, sino una realidad concreta<sup>16</sup>.

Hay como una tendencia puritana en todos que tiende a ocultar el pecado en la Iglesia. No deja de ser curioso que en la cúpula de San Pedro del Vaticano se lean las palabras que Jesús dirige a Pedro, según el texto de Mateo: “Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia” (Mt 16, 18), pero se omitan las duras palabras que a continuación, en el mismo evangelio, Jesús dirige a Pedro: “¡Quítate de mi vista, Satanás! ¡Escándalo eres para mí!” (Mt 16, 23). Es decir, Pedro es a la vez roca firme y piedra de escándalo. Si esto se puede afirmar del primer pastor de la Iglesia, ¿qué puede esperarse del resto de los fieles? Dios ha escogido para realizar su misión a hombres y mujeres frágiles y pecadores, lo débil y despreciable del mundo, para que nadie se gloríe en la presencia de Dios (1 Cor 1, 26-29). El pecado de la Iglesia está ligado a la dimensión humana de la Iglesia.

### *Casta prostituta*

Por esto los Padres de la Iglesia, sensibles a este hecho doloroso y escandaloso para muchos, afirman que la Iglesia es “casta meretrix”, es decir “casta prostituta”<sup>17</sup>. Los Padres aplican a la Iglesia las figuras de las prostitutas del Antiguo Testamento: Rahab (Jos 2, 1-21; 6, 17-25), Tamar (Gen 38; Mt 1, 3), la mujer de Oseas (Os 2), Babilonia (Jr 50-51; Apoc 17-19). No es Lutero el primero en decir que la Iglesia ha caído bajo la

cautividad de Babilonia, sino que son los obispos y escritores de la Iglesia primitiva quienes aplican a la Iglesia estas imágenes.

El Vaticano II, aunque evita el término de Iglesia pecadora, afirma claramente que la Iglesia abraza en su seno a los pecadores y necesita de una continua purificación, penitencia y conversión (LG 8), sólo María es sin mancha ni arruga (LG 65), los demás ofendemos continuamente al Señor y necesitamos continuamente pedir perdón (LG 40). En el decreto sobre el ecumenismo se dice que la Iglesia necesita no sólo purificación y renovación (UR 6), sino continua “reforma” (UR 8), usando la misma palabra que reivindicaban los Reformadores del siglo XVI. Y hablando del ateísmo moderno se afirma claramente que muchas veces los cristianos “han velado más bien que revelado el genuino rostro de Dios y de la religión” (GS 19).

Por esto no podemos mirar a la Iglesia pecadora como algo exterior a nosotros, como si nosotros fuéramos limpios de pecado. La Iglesia pecadora carga con nuestros propios pecados, que oscurecen el rostro de la Iglesia y la hacen menos transparente al evangelio. Todos somos pecadores y necesitamos de la misericordia de Dios.

No podemos escandalizarnos, como los fariseos, de que Jesús coma con pecadores y perdone pecados. El que esté limpio de pecado, que tire la primera piedra...

Rahner, comentando el episodio de Jesús y la adúltera (Jn 8, 1-11), afirma que esta adúltera es la Iglesia, su esposa amada, la santa Iglesia<sup>18</sup>.

### **3.4. La Iglesia está bajo la fuerza del Espíritu**

La Iglesia primitiva fue muy consciente de que su origen y su vida estaban ligadas al Espíritu. Este Espíritu, según el evangelista Juan, fue derramado ya el día de Pascua sobre los discípulos (Jn 20, 19-23). Lucas, con un esquema narrativo más histórico y pedagógico, sitúa la efusión del Espíritu en la fiesta de Pentecostés (Hch 2, 1-13), donde bajo los símbolos del viento impetuoso y las lenguas de fuego se expresa lo que será el Espíritu para la Iglesia del futuro: fuerza, vida, calor, amor, comunicación y comunión. El Espíritu presente en la creación (Gn 1-2) y en el Antiguo Testamento (patriarcas, jueces, reyes, profetas, sabios...), florece ahora en la Iglesia. Los Hechos de los Apóstoles son una descripción de cómo el Espíritu hace crecer la Iglesia en las diferentes culturas, en medio de grandes dificultades y persecuciones. Todo el Nuevo Testamento presupone esta acción dinámica del Espíritu en la Iglesia.

De ahí nace la convicción de que la Iglesia es Templo del Espíritu (1 Cor, 3, 16) y por tanto sin mancha ni arruga, santa e inmaculada (Ef 5, 27). Y por esto, cuando la Iglesia es introducida en el Credo Apostólico, en conexión con el tercer artículo de la fe en el Espíritu, se afirma que la Iglesia es “santa”. También, como hemos visto, los Padres de la Iglesia proclaman la paradoja de que la Iglesia es, a la vez, santa y pecadora, “casta meretriz”.

Aunque desde el comienzo la Iglesia se siente estrechamente vinculada a Jesús, sin embargo tiene la convicción de que ha nacido, no en Belén ni en

Nazaret, sino en Jerusalén, en Pascua y Pentecostés. Más adelante desarrollaremos el tema de la relación de la Iglesia con Jesús, pero ahora queremos destacar que la Iglesia no sólo está ligada a Cristo, sino también el Espíritu. Como afirma Ratzinger, una eclesiología que vincule exclusivamente la Iglesia a la encarnación, resulta demasiado terrena y tiene el peligro de mundanizarse y secularizarse<sup>19</sup>.

Hay, pues, dos principios constitutivos de la Iglesia, el cristológico y el pneumatológico o del Espíritu, que son como las dos manos con las que el Padre nos moldea a su imagen y semejanza, en expresión de Ireneo<sup>20</sup>.

### *El olvido del Espíritu*

Pues bien, a lo largo de los siglos, sobre todo a partir del segundo milenio, la mano del Espíritu ha quedado olvidada en la Iglesia, solamente se ha destacado la mano del Hijo y de este modo el Padre ha quedado como manco<sup>21</sup>. La teología ha olvidado, en gran parte, al Espíritu Santo.

En el segundo milenio la doctrina del Espíritu ha quedado como desplazada al ámbito de la vida devota de los fieles (por ejemplo en los himnos *Veni Creator Spiritus* y *Veni Sancte Spiritus*) o a las especulaciones teológicas de la Trinidad, innacesibles a la mayoría del pueblo de Dios. Respecto a la Iglesia, pareciera que sólo la jerarquía poseyera el Espíritu Santo y lo comunica a los fieles por la predicación y los sacramentos.

De ahí se deduce que el pueblo se convierte en un elemento puramente pasivo en la Iglesia. En el segundo milenio

no se habla de carismas, ni de participación del pueblo en la liturgia ni en la vida de la Iglesia (nombramiento de obispos, opinión pública en la Iglesia...). Lógicamente el laicado ha quedado totalmente postergado y marginado.

La Iglesia oriental ha acusado a la Iglesia latina occidental de “cristomonismo” es decir, de apoyarse solamente en la acción de Cristo, olvidando la dimensión del Espíritu en la Iglesia. Un teólogo laico ortodoxo moderno que fue invitado al Concilio Vaticano II, Paul Evdokimov, comenta que este olvido del Espíritu por parte de Occidente ha llevado a la Iglesia a que su institución jerárquica sustituyese a la libertad profética, a la divinización de la humanidad, a la dignidad del laicado y al nacimiento de la nueva criatura<sup>22</sup>.

Es decir, el olvido del Espíritu favorece una visión de la Iglesia prácticamente identificada con sus estructuras visibles y en concreto con la jerarquía. Más adelante volveremos sobre este tema, pero ahora queremos citar otro texto de un obispo oriental, el actual Patriarca Ignacio IV de Antioquia, pronunciado en 1968 en el Consejo ecuménico de las Iglesias en Upsala:

“Sin el Espíritu Santo, Dios está lejos, Cristo permanece en el pasado, el evangelio es letra muerta, la Iglesia una simple organización, la autoridad un dominio, la misión una propaganda, el culto un evocación y el actuar cristiano una moral de esclavos.

Pero en el Espíritu, y en una sinergia (o colaboración) indisociable, el cosmos es sostenido y gime en el alumbramiento del Reino, el hombre está en

lucha contra la carne, Cristo resucitado está aquí, el evangelio es fuerza de vida, la Iglesia significa la comunión trinitaria, la autoridad es un servicio liberador, la misión es Pentecostés, la liturgia es memorial y anticipación, el actuar humano queda divinizado”<sup>23</sup>.

De todo ello se deduce que el olvido del Espíritu reduce la vida del cristiano en la Iglesia a la sumisión y obediencia a la jerarquía, al ritualismo y al moralismo. ¿Es extraño que esta forma de entender y vivir la fe en la Iglesia haya entrado hoy en crisis?

### *Sin embargo, el Espíritu se mueve*

Sin embargo, a pesar del olvido del Espíritu por parte de la teología, el Espíritu no ha dejado de actuar en la Iglesia. Toda la historia de la Iglesia está llena de esta presencia misteriosa, muchas veces anónima, incluso desconcertante, del Espíritu. Todos los movimientos proféticos que han surgido en la Iglesia son fruto del Espíritu: el martirio de los primeros siglos, el monacato cuando la Iglesia se vuelve oficial, los movimientos laicales medievales a favor de la pobreza, la Reforma tanto protestante (Lutero, Calvino, T. Müntzer...) como católica (Ignacio, Teresa, Juan de la Cruz...), los movimientos sociales modernos que reivindicaban una sociedad más igualitaria, fraterna y libre, los movimientos teológicos que precedieron al Vaticano II (movimientos bíblico, patristico, litúrgico, ecuménico, pastoral, social...), los signos de los tiempos de nuestros días (feminismo, ecología, pacifismo, respeto a las culturas y religiones, movimientos de liberación...), etc.

La santidad de la Iglesia, sus mártires, sus misioneros, sus místicos y místicas, sus artistas y pensadores, el heroísmo de tanta gente anónima que vive la fe en el silencio de cada día, la fidelidad en el matrimonio y en la vida religiosa, la generosidad de tantas personas que trabajan por los pobres, la entrega de las madres y su preocupación por transmitir la fe a sus hijos, el entusiasmo de tantos jóvenes en las formas más variadas de voluntariado, la espiritualidad de las diversas Iglesias cristianas, la vitalidad de todas las religiones... son fruto del Espíritu.

Incluso la Iglesia jerárquica que silenciaba al Espíritu en su doctrina, muchas veces se ha visto obligada a reconocerlo presente y a no extinguirlo (1 Tes 5, 19), aun cuando este Espíritu fuera una crítica a la misma estructura eclesial. Inocencio III, en la cumbre de la teocracia pontificia de la Cristiandad medieval, acaba aprobando el carisma de Francisco de Asís, que es una crítica implícita pero clara a la Iglesia de poder.

Afortunadamente, el Vaticano II ha vuelto a reconocer esta presencia del Espíritu en la Iglesia: es el que la vivifica, la guía a la plenitud, la enriquece de dones, la rejuvenece y la conduce a la unión consumada con el Señor (LG 4).

Hemos de relacionar con el Espíritu todo cuanto hemos dicho antes. El Espíritu es quien nos lleva a la fe en Dios y en Cristo, y es quien nos posibilita experimentar desde dentro el Misterio. El Espíritu es quien conduce la Iglesia a realizar el Reino de Dios, más allá de sus fronteras. El Espíritu es

quien garantiza la santidad de la Iglesia más allá de su prostitución y su pecado, haciendo que el pecado no triunfe en la Iglesia, ni que las puertas del infierno prevalezcan sobre ella (Mt 16, 18), ni que la Iglesia se convierta en una sinagoga estéril.

Evidentemente, la Iglesia no tiene la exclusiva del Espíritu, pero el Espíritu reside de una forma peculiar en ella. Ireneo lo expresó diciendo que “donde está la Iglesia, allí está también el Espíritu. Y allí donde está el Espíritu de Dios, allí está la Iglesia y toda gracia”<sup>24</sup>. Hoy podríamos decir que la Iglesia es el sacramento del Espíritu.

En conclusión, la cuestión que se le plantea al creyente de hoy que vive en medio de esta fuerte crisis eclesial, es la siguiente: ¿creemos que el Espíritu no sólo hizo nacer la Iglesia en el pasado sino que continúa guiando y acompañando a la Iglesia hoy, en medio de este nuestro mundo moderno, secularizado, globalizado y postmoderno...? Si no creemos en esta presencia del Espíritu en la Iglesia concreta de hoy, nuestra pertenencia a la Iglesia y el sentirnos Iglesia, carecería de sentido.

### **3.5. La Iglesia no se identifica simplemente con la jerarquía**

Esta afirmación se deduce de todo lo que hemos visto, pero conviene explicitarla, pues es una de las raíces más profundas del malestar eclesial de hoy.

#### *La Iglesia es apostólica*

Para evitar malentendidos afirmemos claramente que la Iglesia es “apos-

tólica”, está edificada sobre el cimiento de los apóstoles y profetas, siendo la piedra angular Cristo mismo “(Ef 2, 20). Esta apostolicidad de la Iglesia que con el tiempo se estructurará en episcopado, presbiterado y diaconado, constituye lo que se conoce como la jerarquía de la Iglesia, que preside el Papa como obispo de Roma.

Pero para el Nuevo Testamento la cabeza de la Iglesia no es el Papa sino Cristo (Col 1, 18). La misma designación del Papa como Vicario de Cristo es más medieval que primitiva, ya que para la Iglesia del tiempo de los Santos Padres, el Vicario de Cristo, es decir el que hace sus veces, es el Espíritu Santo (por ejemplo en Tertuliano) y los pobres son también llamados vicarios de Cristo<sup>25</sup>. El Papa, para la Iglesia primitiva, es el Vicario de Pedro, el que hace sus veces en la Iglesia: mantenerla unida en la fe y en la comunión.

Los pastores de la Iglesia ciertamente no son simples delegados de la base, presiden la comunidad en nombre de Cristo, pero también en nombre de todo el pueblo (LG 10). Los pastores en su magisterio no enseñan su propia doctrina o teología sino la de Cristo, conservada en la tradición de la Iglesia. La misma infalibilidad que goza el Papa en ciertas ocasiones, según el Vaticano I, no hace sino expresar la infalibilidad que el Señor quiso que gozase toda la Iglesia (DS 3074). Por esto no se puede definir un nuevo dogma si no forma parte de la fe de toda la Iglesia.

Ignacio, en sus reglas para sentir en la Iglesia habla de “tener el ánimo aparejado y prompto para obedescer a la vera sposa de Christo nuestro Señor que es



la nuestra sancta madre Iglesia hierárquica” (EE 353). Pero para Ignacio la Iglesia no se identifica con la jerarquía, sino que “jerárquica” es un adjetivo que califica a toda la Iglesia y equivale a “apostólica”.

Ningún católico puede dudar que hay que estar en comunión pastoral con el Papa, obispo de Roma, y los demás obispos que son sucesores de los apóstoles, lo cual implica, entre otras cosas, la docilidad a su magisterio, aunque evidentemente en sana teología hay que distinguir el magisterio infalible del Papa y los obispos del magisterio no infalible, también llamado auténtico, frente al cual puede haber legítimas razones para disentir.

### *El riesgo de la jerarcología*

Pero lo que ha sucedido al correr de los siglos, sobre todo desde el segundo milenio, es que la llamada jerarquía se ha absolutizado y sacralizando de tal modo que ha llegado a identificarse con la totalidad de la Iglesia: la jerarquía “es” la Iglesia, la Iglesia “es” el Papa. Desaparecen las nociones de Pueblo de Dios, de comunidad, no digamos de laicado. Hay un abismo entre clérigos y laicos, el sacramento del orden divide a la Iglesia en dos sectores bien definidos y contrapuestos: los que tienen poder para enseñar, administrar los sacramentos y mandar, y los que sólo tienen la misión de obedecer, callar y dejarse conducir como dócil rebaño. La Iglesia es una sociedad de desiguales (Pío X). De este modo, como denunció en su tiempo el futuro Cardenal Y. Congar, la eclesiología se convirtió en “jerarcología”.

### *Trágicas consecuencias*

Como hemos visto antes, esto es consecuencia de haber olvidado la dimensión del Espíritu como principio de la Iglesia, junto con Cristo, y de haber derivado en una visión unilateral y empobrecida de la Iglesia: institución, estructura visible, jerarquía.

Las consecuencias de este reduccionismo han sido muy graves a lo largo de toda la historia de la Iglesia, hasta nuestros días. En la forma habitual de hablar, no sólo de los Medios de Comunicación social, sino de los mismos católicos, la palabra “Iglesia” equivale a jerarquía, al Papa y a los obispos. Así solemos decir la Iglesia ha dicho, la Iglesia ha prohibido, la Iglesia ha condenado, la Iglesia ha criticado al gobierno... para referirnos a actuaciones del Papa o de una conferencia episcopal o incluso de un obispo local. Muchos escritores, teólogos e historiadores de la Iglesia caen en el mismo sofisma.

No negamos que la jerarquía pueda tener una representación eclesial y en cierto sentido pueda simbolizar a toda la Iglesia. Pero este lenguaje es ambiguo y lleva a la confusión, pues no podemos aceptar que la jerarquía sea identificada con la totalidad de la Iglesia, del mismo modo que la Iglesia es símbolo del Reino pero la Iglesia no puede identificarse con el Reino de Dios.

De ahí se comprende que las dificultades, críticas y reticencias de los fieles contra la jerarquía, se convierten *ipso facto* en dificultades contra “la” Iglesia de Cristo.

Pero, afortunadamente, la Iglesia es más amplia que la jerarquía, es toda la

comunidad de bautizados, el Pueblo de Dios, como expresó el Vaticano II anteponiendo en la *Lumen Gentium* el capítulo del Pueblo de Dios (LG II) a los de la jerarquía (LG III), los laicos (LG IV) y la vida religiosa (LG VI).

### *Algunos datos de la historia*

G. Bernanos en su *Carta a los ingleses* tiene una feliz expresión de gran profundidad eclesiológica: “No son los mismos hombres los que Dios ha escogido para mantener su Palabra que los que ha escogido para realizarla”. Esto que ya se manifestó en el Antiguo Testamento, se continúa verificando en la historia de la Iglesia. Es la parábola del buen samaritano, donde el sacerdote y el levita pasan de largo junto al herido del camino para no contagiarse de impureza ni llegar tarde al templo (Lc 10, 29-37).

La historia nos dice que muchísimas veces, no sólo en el pasado sino también en el presente, la jerarquía se ha convertido en signo de escándalo para la Iglesia. Y la Iglesia ha salido adelante gracias a los sectores no jerárquicos.

El cardenal Henry Newman, gran conocedor de la historia de la Iglesia, afirmaba que había quedado muy impresionado al descubrir que, en torno al siglo IV, muchos obispos cayeron en la herejía del arrianismo, mientras que el pueblo sencillo mantuvo la fe ortodoxa. También la historia de las misiones reconoce que, durante siglos, cristianos del Japón mantuvieron su fe sin tener sacerdotes en medio de ellos. Ya algunos Padres de la Iglesia, como Atanasio e Hilario, habían afirmado que “los oí-

dos de los fieles son más santos que las bocas de los sacerdotes”, es decir, que los fieles interpretan bien incluso enseñanzas no correctas del clero.

Con razón el Vaticano II ha reivindicado el valor de la fe del pueblo, el sentido de la fe (el *sensus fidelium*) e incluso llega a decir que esta fe es infalible cuando está en comunión con la tradición de toda la Iglesia (LG 12). Los mismos fieles gozan de los carismas del Espíritu (cf 1 Cor 12, 11; 12, 7) para el servicio de toda la Iglesia (LG 12). También el Vaticano II dirá que los laicos tienen el derecho e incluso el deber de manifestar su parecer sobre lo que toca al bien de la Iglesia, citando un texto de Pío XII que afirma que en las batallas decisivas, no rara vez la iniciativas más felices nacen del frente (LG 37, nota 7).

### *La recepción*

Más aún, la teología moderna (Congar, Grillmeier..) ha redescubierto la importancia que tenía para la Iglesia de los primeros siglos el que los fieles cristianos asimilasen vitalmente lo que la jerarquía les proponía. Esta “recepción” no es simplemente obediencia sino un asentimiento de corazón, como el “amén” eclesial de la liturgia. Cuando se celebró el Concilio de Éfeso en 431, los fieles esperaban a las puertas de la basílica la salida de los obispos. Y cuando éstos les dijeron que habían definido que María era Madre de Dios, el pueblo rompió en aplausos, es decir “recibió” el dogma con alegría y satisfacción.

Muy diferente es la situación cuando el pueblo no “recibe” una doctrina, sino que la “contesta”, lo cual no nece-

sariamente significa falta de obediencia, sino que en esta exposición doctrinal hay algo inasimilable, por incompleto, inmaduro, inoportuno o parcial. Pensemos en lo que sucedió cuando Pablo VI publicó la encíclica *Humanae Vitae* sobre el control de natalidad...

La historia nos confirma que en los momentos más difíciles ha sido el polo profético de la Iglesia, laicos y laicas, religiosos y religiosas, quienes han salvado a la Iglesia de situaciones de crisis: el monacato, los movimientos mendicantes medievales, la reforma de la época moderna, los movimientos sociales católicos, los movimientos teológicos en torno al Vaticano II, los que hoy propugnan que “otra Iglesia es posible”...

No es casual que el Vaticano II haya admitido todo esto, luego de haber reconocido, como hemos ya visto, que la toda Iglesia está bajo la fuerza y la inspiración del Espíritu Santo (LG 4). Sin Espíritu Santo, la Iglesia se reduce a una mera organización, una simple institución. La doctrina y praxis de la “recepción” implica que todo el cuerpo eclesial está animado por el Espíritu, es activo y participativo, no simplemente pasivo. Es el Espíritu el que convierte a la Iglesia en comunión trinitaria y en dinamismo profético al servicio del Reino.

¿Por qué no reconocer la santidad tantas veces oculta y anónima de la fe de los pobres, de las viejitas que van a misa a veces rezando solamente el rosario, de los curas de pueblo que mantienen la fe en medio de penurias económicas, de los mártires inocentes del pasado y del presente, de las familias auténticamente cristianas, etc.? Las canonizaciones oficiales romanas no re-

cubren ni reconocen toda la santidad oculta de la Iglesia del Pueblo de Dios.

### **3.6. La Iglesia es la Iglesia del Jesús histórico y pobre de Nazaret**

Todo lo dicho hasta ahora quedaría incompleto si no añadiéramos que la Iglesia está estrechamente ligada al Señor Jesús, a Jesucristo Resucitado, es la Iglesia de Cristo, se fundamenta en él (Ef 2, 10; Mt 21, 33-46).

Esto se comprende mejor si mostramos que la historia de salvación está atravesada por la ley de la encarnación. El Espíritu no se opone a Cristo sino que el Espíritu es el que hace posible la encarnación de Jesús y le guía en toda su vida. El Espíritu es el que hace nacer la Iglesia, que continúa la obra de Jesús en la historia. Es decir, Dios no deja la creación abandonada a su suerte, sino que interviene en la historia, primero preparando al pueblo de Israel y luego por la encarnación de Jesús (LG 9).

Pero al nacer la Iglesia en Pascua-Pentecostés, tiene el riesgo de identificarse tanto con el Jesús glorioso y resucitado que olvide la encarnación y crea que ya ha llegado el Reino de Dios. De hecho, en el mismo Nuevo Testamento hay algunos textos (en Hechos, Efesios y Colosenses) que podrían conducir a un cierto triunfalismo eclesial.

#### *Los peligros de la Iglesia de Cristiandad*

Mientras la Iglesia fue perseguida por el Imperio romano y los cristianos morían mártires en las arenas del circo romano o en la hoguera, este peligro de triunfalismo no existía.

Pero con el reconocimiento de la Iglesia como religión oficial del imperio en tiempos de Teodosio (380), cuando la Iglesia deja la clandestinidad y las catacumbas, el peligro volvió a acechar. Eusebio de Cesarea, al describirnos el banquete que el emperador Constantino ofreció a los obispos reunidos en el Concilio de Nicea, en el año 325, cree ver ya presente el Reino de Cristo<sup>26</sup>. Otros observadores más agudos que Eusebio de Cesarea, pronto se darán cuenta de la ambigüedad de la situación de la Iglesia nacida con el Constantinismo y de los riesgos de esta estrecha unión entre la Iglesia y el Imperio. Así San Hilario dice, acerca del emperador cristiano Constancio, que “nos apuñala por la espalda, pero nos acaricia el vientre (...) consigue ser perseguidor sin hacer mártires”<sup>27</sup>.

Una consecuencia de esta ambigua situación de la Cristiandad es que la jerarquía de la Iglesia es la que primero se identifica con el Reino de Dios y se vuelve poderosa. Desde el poder no sólo económico sino también político, moral y religioso, la jerarquía condena a los herejes a la hoguera, promueve cruzadas, hace proselitismo, destruye culturas y religiones diciendo que son obra del demonio, se alía con los grandes de este mundo para que la defiendan, destituye príncipes, excomulga, confunde el honor de Dios y su gloria con “su” propio honor y gloria.

### *Volver al evangelio*

El riesgo es olvidar el misterio de la encarnación de Jesús, su vaciamiento o kénosis de la que nos habla San Pablo (Fil 2, 1-11) y en general toda la vida del

Jesús histórico transmitida por los evangelios: su nacimiento pobre en Belén, su vida durante treinta años de carpintero humilde, su predicación contra la riqueza y el poder, su opción por los marginados, su preocupación por aliviar el sufrimiento del pueblo (*óchlos*) del que se compadecía profundamente, su oposición a los poderosos y a cuantos utilizaban la religión para oprimir al pueblo, sus conflictos continuos con las autoridades religiosas de Israel, su muerte como blasfemo y malhechor desnudo en una cruz, entre dos subversivos.

La Iglesia tiende a olvidar continuamente que es la Iglesia del Jesús pobre de Nazaret, Iglesia del crucificado, que su mensaje no es el de la sabiduría de este mundo, sino el de la cruz (1 Cor 1, 17-31). La misma resurrección de Jesús no permite desvincularle de su cruz: el resucitado es el crucificado, sus llagas permanecen frescas en su cuerpo glorioso (Jn 20, 25-29).

Se comprende que todos los movimientos proféticos que han surgido en la Iglesia a lo largo de la historia hayan pedido una vuelta a la Iglesia de los orígenes, fiel a la Palabra, pobre, humilde, evangélica, comunitaria, acogedora, respetuosa, cercana al pueblo pobre, en fin, volver la Iglesia del crucificado.

Pero esto la propuesta profética de Juan XXII poco antes del Vaticano II, de que la Iglesia fuese sobre todo la Iglesia de los pobres, aunque a algunos les pudo parecer revolucionaria y sospechosa, en el fondo era sumamente evangélica, ligada a la tradición más genuina de la Iglesia.

Hay que confesar que esta idea de Juan XXIII no llegó a ser recogida en

los textos conciliares, fuera de algunas alusiones esporádicas (LG 8; GS 1). Los obispos y teólogos más influyentes en el concilio pertenecían al mundo centro-europeo y norteamericano, y estaban más preocupados de cómo dialogar con el mundo desarrollado y secular de la modernidad, que de los pobres del Tercer mundo.

### *La interpelación de las Iglesias del tercer mundo*

Serán las Iglesias del tercer mundo y muy concretamente la Iglesia latinoamericana, las que llevarán adelante la utopía del Papa Juan de una Iglesia especialmente de los pobres.

Las Iglesias del primer mundo no pueden encerrarse en ellas mismas, ni creer que los únicos problemas de la Iglesia son los ligados con la modernidad ilustrada, muchas veces unida a la burguesía. La mayor parte de la humanidad y de la misma Iglesia universal vive en los países pobres del Sur, donde la vida de cada día no está asegurada sino amenazada, hay que luchar por la vida, por el pan de cada día: faltan viviendas, falta atención sanitaria, faltan escuelas, la esperanza de vida es corta, falta trabajo, hay gobiernos muchas veces dictatoriales y corruptos, se vive bajo la dependencia económica de los países ricos y de sus empresas multinacionales, las culturas originarias son marginadas, las mujeres son discriminadas y son las que más cargan con el peso de la pobreza, hay niños en la calle y bandas juveniles que buscan sobrevivir a veces con violencia, la naturaleza es explotada a favor de las com-

pañías extranjeras, hay luchas tribales y violencia guerrillera...

Y sin embargo en estos países hay grandes valores humanos, culturales y religiosos y concretamente en América Latina, predomina la fe cristiana y la Iglesia católica ha vivido un tiempo de profunda erupción volcánica del Espíritu después del Vaticano II.

Sin caer en triunfalismos que nos apartarían de la Iglesia del Jesús de Nazaret, sí podemos testimoniar a las otras Iglesias lo que el Señor ha hecho en medio de la Iglesia latinoamericana<sup>28</sup>.

Se ha vuelto a la Iglesia del Jesús histórico y pobre de Nazaret, lo cual implica recuperar una serie de categorías: la centralidad del Reino de Dios en la predicación de Jesús, su opción por los que tienen la vida amenazada, su enfrentamiento con el sistema político (Pax Romana) y religioso (Teocracia judía) que lo condenan a muerte. La resurrección de Jesús significa que el Padre da la razón a las opciones de Jesús y se pone de parte de las víctimas. También se ha recuperado la importancia del seguimiento de Jesús, como categoría central del cristianismo.

En la práctica eclesial, las conferencias del episcopado latinoamericano en Medellín (1968) y Puebla (1979) han escuchado el clamor del pueblo oprimido y han hecho una opción profética preferencial por los pobres. En el episcopado han surgido figuras extraordinarias, verdaderos Santos Padres de la Iglesia latinoamericana y del Caribe, que sin ser teólogos profesionales, se han acercado al pueblo y han hecho opciones pastorales realmente evangélicas

en defensa del pueblo marginado y excluido, denunciando la injusticia y la muerte, apostando por una sociedad nueva fraterna y justa. Estos Santos Padres de la Iglesia latinoamericana<sup>29</sup>, verdaderos Padres en la fe y verdaderamente santos, fueron acusados por muchos de marxistas e incomprendidos a veces por sus mismos hermanos en el episcopado y por Roma, pero fueron fieles al evangelio y a su pueblo hasta el final, incluso dando la vida por sus ovejas como Angelelli, Romero y Gerardi.

Junto a los obispos y en estrecha comunión con ellos, otros sectores de Iglesia latinoamericana han comenzado un estilo nuevo de ser cristianos y de ser Iglesia. Nacen las comunidades eclesiales de base entre los pobres, muchos laicos se comprometen desde su fe a la transformación de la sociedad con su presencia en lo social y político, otros hombres y sobre todo mujeres asumen responsabilidades en la pastoral de la Iglesia (agentes de la Palabra, catequistas..), muchos grupos de vida religiosa, sobre todo femenina, se insertan entre los más pobres en barrios marginales de la ciudad, en el campo, entre indígenas y afroamericanos, mineros, etc, muchos sacerdotes se acercan al pueblo y comparten su vida, entre todos ellos hay

mártires por la justicia del Reino. La teología latinoamericana de la liberación acompaña estos procesos, reflexiona sobre ellos, devuelve la Biblia al pueblo y también sufre persecución e incluso martirio.

Ciertamente, desde la década de los 90, las cosas han cambiado tanto social como eclesialmente. Pero lo vivido en los 70-90 constituye un signo esperanzador para toda la Iglesia de que es posible volver a los orígenes evangélicos de la Iglesia, al Jesús de Nazaret, a la Iglesia de los pobres. El Espíritu no deja de hacerse presente y actuar en la Iglesia.

### **3.7. Conclusión**

En conclusión de todo este largo recorrido por algunas verdades olvidadas, podemos afirmar que la Iglesia, ciertamente menor que Dios y que el Reino, humana y divina, santa y pecadora, que no se identifica sin más con la jerarquía, está bajo la fuerza del Espíritu y es la Iglesia del Jesús pobre de Nazaret. Es un misterio, que forma parte del proyecto de la Trinidad para con el mundo, (LG I), un sacramento de salvación universal (LG 1; 9; 48).

## 4. ACTITUDES CRISTIANAS ANTE LA IGLESIA DE HOY

---

Esta iluminación teológica tiene que ayudarnos a tomar actitudes prácticas en esta situación de invierno eclesial de hoy. No vamos a dar nuevas reglas para sentir en la Iglesia, pero podemos ofrecer algunas pistas que orienten nuestra realidad y tarea. El Espíritu del Señor nos ayudará a discernir en cada contexto cómo lo podemos concretar.

### 4.1. Gratitud y amor

No sería justo quedarnos solamente con los aspectos negativos de la Iglesia del pasado y del presente, sin reconocer todo lo que hemos recibido de ella, aun en medio de todas sus contradicciones e incoherencias.

Gracias a la Iglesia hemos recibido la fe cristiana, el evangelio, los sacramentos, desde el bautismo a la eucaristía, y de ella esperamos recibir también la unción de los enfermos. La Iglesia nos ha enseñado a orar, a perdonar y pedir perdón, a amar a todos y en especial a los más necesitados, a tener confianza

filial en el Padre, a buscar ante todo el Reino de Dios, a esperar en la resurrección final. Por medio de ella conocemos a Jesús, su vida, enseñanzas, su cruz y resurrección. Nos ha enseñado a rezar a María, a venerar a los santos, imitar sus virtudes. Ella da sentido a nuestra vida, al trabajo, al sufrimiento y a la misma muerte. Si tenemos una visión no mágica ni fatalista del mundo sino esperanzadora y si trabajamos por mejorarlo y hacer que sea más humano y justo, es debido en gran parte a la Iglesia. El amor, la solidaridad, el sentido de justicia, y de libertad, la búsqueda de la paz, la reconciliación y el perdón, la valoración de la razón, de la ciencia y de las culturas... se alimentan de la enseñanza evangélica que la Iglesia nos ha transmitido. La mayor parte de derechos humanos que profesamos (el derecho a la vida digna, a la libertad, al respeto de las minorías, el respeto a toda persona...) tienen en la Iglesia su raíz última, aunque en el mundo secularizado de hoy muchos no lo reconozcan.

Una pequeña novela del Nobel ruso, Alexander Solzhenitsin, titulada *La casa de Matriona*, puede servirnos como de símbolo narrativo de lo que estamos diciendo.

En un pequeño pueblo ruso vive Matriona, una mujer mayor, pobre, que sólo tiene dos cabras. Pero Matriona ayuda a los más pobres del pueblo, enseña catecismo a los niños, aconseja a los matrimonios en crisis, cuando hay una boda ayuda a preparar el banquete de bodas, en caso de alguna defunción siempre está dispuesta a colaborar con la familia doliente, siempre está disponible para servir a todos.

Un día muere Matriona y entonces el pueblo se da cuenta de que Matriona era realmente el alma de la comunidad.

Solzhenitsin acaba aquí su pequeña historia. Pero podemos ver en ella como una parábola de la Iglesia. ¿Qué sería de la humanidad, de nosotros, sin la Iglesia?

## 4.2. Fidelidad crítica

Evidentemente se entendería mal todo lo dicho anteriormente si se sacase la conclusión de que nuestra misión en la Iglesia se reduce a obedecer, callar y alabar cuanto sucede en la Iglesia. La obediencia y fidelidad a los pastores y a su magisterio doctrinal es esencial para el cristiano. Siempre se ha insistido en ello. Pero esta fidelidad debe ser madura, crítica, incluso conflictiva.

Corresponde a la autoridad, también a la eclesial, mantener la tradición, el equilibrio de fuerzas, la armonía, la cohesión en el grupo, no precisamente abrir nuevos caminos<sup>30</sup>.

La autoridad no desea cambios, prefiere mantener la situación presente. Por esto difícilmente los dinamismos de cambios nacen de la autoridad. Más aún, la autoridad frena los cambios, condena y culpabiliza a los disidentes, los acusa de desobedientes.

Incluso presenta como intocables cuestiones que en realidad son discutibles. Se debería tener más presente la afirmación del Vaticano II de que en muchas cuestiones, incluso graves, no esperen los fieles respuestas de sus pastores (GS 43).



## *Los cristianos incómodos*

La historia de la Iglesia enseña que muchos avances se han dado a partir de estas disidencias, transgresiones e incluso desobediencias. Muchos cristianos incómodos lograron avances en los diferentes campos de la teología y de la praxis cristiana. La forma personalizada de celebrar el sacramento de la penitencia, la llamada luego confesión individual, introducida por los monjes irlandeses, al principio fue totalmente rechazada por la autoridad eclesiástica que quería mantener la rigidez de la penitencia canónica primitiva, hasta que al cabo de un tiempo se propuso como modelo de celebración penitencia obligatoria para toda la Iglesia. Los ejemplos podrían multiplicarse.

La historia también enseña que muchas doctrinas enseñadas por el magisterio ordinario fueron luego retractadas. Pensemos por ejemplo en algunas declaraciones de la Comisión Bíblica, como la que enseñaba que el Pentateuco tenía por autor a Moisés, o en algunas afirmaciones del magisterio, como la que condenaba la vacuna como antinatural... Todo esto ya ha sido ampliamente estudiado<sup>31</sup>.

De todo ello se deduce que la fidelidad al magisterio puede e incluso debe ser crítica. Por esto el Cardenal Ratzinger, en la presentación de la *Instrucción sobre la vocación eclesial del teólogo*, no dudó en afirmar que “la teología no es, simple y exclusivamente una función auxiliar del magisterio; no debe limitarse a aportar argumentos a favor de lo que afirma el magisterio”, pues en dicho caso el magisterio y la teología se aproximarían a una ideología

que lo único que pretende es el mantenimiento del poder<sup>32</sup>.

Estos cristianos incómodos no son disidentes “de” la Iglesia, ya que mantienen su fidelidad y comunión eclesial, sino “en” la Iglesia, en la cual en muchos temas no vinculantes puede darse libertad. Esta actuación forma parte de lo que en teología de la Iglesia se llama “recepción”, que puede manifestarse también como rechazo y disidencia. Este sentido crítico y de avanzada suele producir muchas tensiones y sufrimientos en la Iglesia, como lo han experimentado muchos santos y muchas personas proféticas que han abierto caminos en la Iglesia.

De este modo la autoridad del magisterio que mantiene la tradición de la Iglesia y la fidelidad crítica de algunos sectores más proféticos, no están en contradicción, sino que son dos funciones diferentes y complementarias en la Iglesia. Lo importante es mantener el diálogo y la comunión.

El gran eclesiólogo Y. Congar ha estudiado mucho el tema de las reformas en la Iglesia y ha establecido una serie de principios para que estas reformas sean verdaderas<sup>33</sup>: conocer bien la realidad, no dejarse llevar de *slogans*, sentirse uno mismo pecador, sentirse parte de la Iglesia, no criticar desde fuera ni desde arriba, mantener libertad y fidelidad, como Pablo ante Pedro (Gal 2, 11s), como San Bernardo ante el Papa Eugenio III (al que le acusa de ser más sucesor de Constantino que de Pedro), hacerlo desde un clima de diálogo con los responsables, creer que Espíritu está en la Iglesia y no la abandona, produce santos y no cesa de renovarla continuamente.

Todo esto nos lleva a concluir que nuestra fidelidad a la Iglesia debe ser siempre madura, no infantil y muchas veces crítica e incluso conflictiva. El Espíritu hace avanzar así a la Iglesia. Pero esto supone muchas veces aceptar la cruz.

### 4.3. Esperar contra toda esperanza

La vida del cristiano en la Iglesia de hoy no es nada fácil. A muchos cristianos nos “duele la Iglesia”. En esta situación es preciso “esperar contra toda esperanza”, como Abraham (Rm 4, 18), como el mismo Jesús que muere abandonado en la cruz, sin llegar a ver el fruto de su misión en la tierra. Hoy la pertenencia a la Iglesia, el sentirse Iglesia, pasa por la cruz.

Cuando Ignacio de Loyola escribió sus reglas para sentir en la Iglesia, no podía imaginar lo costoso que le iba a ser el vivir esta fidelidad eclesial. Paulo III no fue en su vida privada ningún modelo de perfección cristiana y sin embargo Ignacio pone a la Compañía de Jesús al servicio de él y de sus sucesores, con un cuarto voto acerca de las misiones que el Papa quiera confiarles. También Ignacio tuvo dificultades con el Cardenal Caraffa y cuando éste fue nombrado Papa con el nombre de Paulo IV, a Ignacio se le estremecieron todos sus huesos y se retiró a orar a la capilla, de la que luego salió sereno. Los últimos años de la vida de Ignacio fueron una auténtica noche oscura eclesial, pues debía obedecer a un hombre que nunca había mostrado cariño ni a Ignacio ni a la Compañía, que no ayudó en nada al mantenimiento del Colegio

Romano, que estaba en gran necesidad, y que luego de la muerte de Ignacio intentó introducir el coro en la Compañía y no dudó en calificar a Ignacio de “tirano”. Pues bien, la última voluntad de Ignacio enfermo de muerte fue pedir a su secretario Polanco que fuera al Vaticano a pedir la bendición del Papa Paulo IV, un hombre que si quería, podía deshacer la Compañía. Ignacio muere bajo la bendición de Paulo IV<sup>34</sup>.

Teresa de Jesús, que tuvo grandes conflictos con la jerarquía de su tiempo, nunca renegó de su pertenencia a la Iglesia y al final de su vida pudo exclamar: “por fin muero hija de la Iglesia”.

En el siglo XX tenemos testimonios de grandes hombres, muchos de ellos teólogos, que sufrieron mucho en la Iglesia y por la Iglesia y se mantuvieron fieles hasta el final de sus vidas.

Henri de Lubac, destituido de su cátedra de teología de Lyon-Fourvière, en tiempo de Pío XII, luego de la encíclica *Humani generis* (1950), escribió en esta situación de sospecha y marginación eclesial su libro *Meditación sobre la Iglesia*, que es un testimonio de su fe y su amor a la Iglesia<sup>35</sup>. Luego fue teólogo del Vaticano II y más tarde nombrado Cardenal por Juan Pablo II.

Otro gran teólogo, el dominico Yves Congar, también destituido de su cátedra de Le Saulchoir-Paris, en las mismas circunstancias que de Lubac, nos ha dejado en su *Diario* el testimonio estremecedor de su sufrimiento al ser condenado por el Santo Oficio e incluso desterrado fuera de Francia:

“Me han destruido prácticamente. En la medida de su capacidad, me han destruido. Se me ha desprovisto de todo

aquello en lo que he creído y a lo que me he entregado: ecumenismo (desde 1939 no he hecho nada o casi nada), enseñanza, conferencias, actividad con sacerdotes, colaboración en *Témoignage chrétien*, etc, participación en los grandes congresos (Intelectuales católicos, etc). No han tocado mi cuerpo; en principio no han tocado mi alma; nada se me ha pedido. Pero la persona de un hombre no se limita a su piel y a su alma. Sobre todo, cuando este hombre es un apóstol doctrinal, “es” su actividad, “es” sus amigos, sus relaciones, “es” su irradiación normal. Todo esto me ha sido retirado; se ha pisoteado todo ello, y así se me ha herido profundamente. Se me ha reducido a nada, y, consiguientemente, se me ha destruido. Cuando en ciertos momentos, repaso lo que había acariciado ser y hacer, lo que había empezado a realizar, soy presa de un inmenso desconsuelo”<sup>36</sup>.

Congar, no se deja llevar por el desánimo ni la amargura, continúa trabajando desde el exilio y una vez rehabilitado por Juan XXIII y nombrado perito conciliar, será uno de los grandes teólogos del Vaticano II, y al final de su vida acepta ser nombrado Cardenal por Juan Pablo II.

K.Rahner, que aunque no tuvo que renunciar a su cátedra de Innsbruck, tuvo grandes dificultades con Roma, que le impuso una censura previa a todos sus escritos, fue un gran hombre de Iglesia. Baste un testimonio de ello:

“La Iglesia a la que servimos, a la que hemos consagrado nuestra vida, por la que nos consumimos personalmente, es la Iglesia peregrinante, la Iglesia de los pecadores, la Iglesia que para man-

tenerse y conservarse en la verdad, en el amor y en la gracia de Dios, necesita el milagro cotidiano y extraordinario de esta misma gracia. Sólo viéndola así podremos amarla en la forma adecuada”<sup>37</sup>.

Otro gran teólogo, el moralista redentorista Bernhard Häring, que padeció incontables dificultades con Roma, hasta afirmar que prefería los interrogatorios de los agentes de Hitler a los de la Curia Romana, profesa hasta el final de su vida un gran amor a la Iglesia:

“Amo a la Iglesia porque Cristo la ama hasta en sus elementos más externos. La amo incluso allí donde descubro, con dolor, actitudes y estructuras que juzgo no están en armonía con el evangelio. La amo tal cual es, porque también Cristo me ama con toda mi imperfección, con todas mis sombras, y me dan el empuje constante para llegar a ser lo que corresponde a su plan salvador. (...) Caminemos en esta línea y pensemos, agradecidos, en todo el bien que ha brotado y continúa brotando en la Iglesia”<sup>38</sup>.

Finalmente, Pedro Arrupe, uno de los hombres de Iglesia más proféticos de los años del Vaticano II y más devotos del Papa, sufre al final de su vida una profunda noche oscura. Ésta ya comenzó en tiempo de Pablo VI, pero se agravó con Juan Pablo II. Arrupe deseaba renunciar a su Generalato en la Compañía de Jesús y convocar una Congregación General para el año 1980, pero Juan Pablo II no se lo permitió. En agosto de 1981 Arrupe, a su regreso de Filipinas, sufre un ataque cerebral que le afecta al habla y nombra Vicario General al P. V. O’Keef. En octubre del mismo año recibe una carta del Papa en la que se le

comunica que Juan Pablo II, en lugar del Vicario General nombrado por Arrupe, ha nombrado como Delegado Pontificio suyo para la Compañía al P. Paolo Dezza y que, de momento, se aplaza toda convocatoria de la Congregación General. Arrupe, sin poder hablar, recibe la noticia llorando. En el fondo se descalificaba el modo de gobierno de Arrupe y se intervenía la Compañía.

Tras dos años de calvario, por fin en 1983 se puede reunir la Congregación

General en la que Arrupe dimite y es nombrado su sucesor el P. P. H. Kolvenbach. Pedro Arrupe acaba sus días en 1991, en la enfermería de Roma, después de diez años de silencio y oración, siempre sonriente, ofreciendo su vida por la Iglesia<sup>39</sup>.

Hay que esperar contra toda esperanza. Esperamos que el desierto florecerá y que después del invierno renacerá la primavera (Cant 2, 11-13).

El conocido pensador y filósofo francés Roger Garaudy cuenta en uno de sus libros este hecho histórico<sup>40</sup>. Él pertenecía, desde hacía años, al comité del partido comunista francés, de tendencia filorusa. En la primavera de 1968, cuando los tanques rusos aplastaron los intentos de liberación del pueblo checo, en la llamada “primavera de Praga”, Garaudy criticó públicamente la actuación del partido comunista ruso. A consecuencia de ello fue expulsado públicamente del partido comunista francés, noticia que los medios franceses transmitieron en directo.

Era al mediodía y Garaudy pensó adónde iría a comer. No le apetecía la idea de ir a comer, él solo, a uno de los muchos restaurantes parisinos. Tampoco le pareció bien volver, como de ordinario, a su casa con su segunda mujer, con la que vivía hacía tiempo. Se le ocurrió entonces el ir a casa de su primera mujer, de la que se había separado hacía años y que vivía sola. Al llamar a la casa de esta su primera mujer y pasar

al comedor, observó con sorpresa, que la mesa ya estaba dispuesta con dos platos preparados. Le preguntó a su primera mujer si esperaba a alguien a comer, pues él no quería estorbar. Ella le respondió:

“Te esperaba a ti, pues he escuchado esta mañana cómo te habían expulsado del partido comunista francés y he pensado que, en estos momentos, al único lugar al que podías venir a comer era a mi casa. Por esto puse dos platos en la mesa...”

Hasta aquí la anécdota de Garaudy. ¿Pero no podría esta primera mujer, intuitiva, hospitalaria y fiel, que abre la puerta y coloca un plato en la mesa... simbolizar la Iglesia de Jesús, acogedora y fiel, siempre dispuesta a compartir lo que es y lo que tiene con nosotros...?

Cochabamba (Bolivia), Cuaresma,  
camino a la Pascua de 2006

1. El texto autógrafa ignaciano habla de sentir "en" la Iglesia, mientras que la traducción latina (Vulgata) hecha por Frusio habla de sentir "con" la Iglesia. Sentir "en" la Iglesia acentúa la pertenencia a la Iglesia, mientras que el sentir "con" la Iglesia significa más bien estar de acuerdo con ideas y criterios. La primera expresión ("en") es más profunda que la segunda ("con"), pues indica una mayor identificación con la Iglesia, como el sarmiento con la vid.
2. Remitimos al magnífico comentario a las reglas ignacianas de J. Corella, *Sentir la Iglesia*, Colección Manresa, n. 15, Bilbao-Santander, 1996.
3. Es iluminador a este respecto el libro de J.M<sup>a</sup>. Mardones, *La indiferencia religiosa en España. ¿Qué futuro tiene el cristianismo?*, Madrid, 2<sup>a</sup> ed. 2004. Más recientemente ha escrito sobre este tema J.I. González Faus, "Crisis de credibilidad en el cristianismo. España como síntoma", *Concilium*, 311 (junio 2005) p. 323-332. Para la situación europea, véase *Sal Terrae* n. 1.098, enero-febrero 2006, "Iglesia y cristianismo en Europa".
4. Véase la referencia que se hace a estos temas en el documento de participación, *Hacia la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano y del Caribe*, n. 145-148.
5. R.Guardini, *Vom Sinn der Kirche*, 1923, p. 1.
6. H. de Lubac, *Méditation sur l'Église*, Paris, 1953, p. 20.
7. Véase, por ejemplo, a nivel pastoral, el libro de C. González Vallés, *Querida Iglesia*, Madrid 1996. A nivel más teológico, J. I. González Faus, "Para una reforma evangélica de la Iglesia", *Revista Latinoamericana de Teología*, n. 8, 1986, p. 133-157; Cristianisme i Justícia, Cuaderno 91, *El tercer milenio como desafío para la Iglesia*, Barcelona 1999. La carta del obispo Casaldáliga a Juan Pablo II con motivo de su visita "ad limina" también ofrece un elenco de los problemas de hoy.
8. V. Codina, "El Vaticano II, un concilio en proceso de recepción", *Selecciones de Teología*, n. 177, 2006, p. 4-18.
9. Véase el artículo de M. Kehl, "La Iglesia en tierra extraña", resumido en *Selecciones de teología*, n. 133, vol 34, (1995) p. 3-14.
10. J. M. R. Tillard, "Nosaltres, som els darrers cristians?", *Qüestions de vida cristiana* (Montserrat), 190 (1998).
11. W. Kasper, "El desafío permanente del Concilio Vaticano II. Hermenéutica de las afirmaciones del Concilio", en *Teología e Iglesia*, Barcelona, 1989, p. 414.
12. Aunque en castellano no distinguimos entre creer en Dios y creer en la Iglesia, en latín se distingue claramente el "credere in Deum" del "credere ecclesiam", sin preposición. No son simples sutilezas de lenguaje sino diferencias teológicas importantes. Cf. H. de Lubac, l.c. 21-36, donde hace una profunda explicación del sentido de esta distinción.
13. G. Urbarri, "La escatología cristiana en los albores del siglo XXI", *Estudios eclesiológicos*, 63/308 (2004) p. 3-28, resumido en *Selecciones de Teología*, 176, 2005, p. 269-281.
14. Véase este punto más desarrollado en J. M<sup>a</sup>. Castillo, *El Reino de Dios. Por la vida y la dignidad de los seres humanos*, Bilbao, 3<sup>a</sup> edición 2001 y en *Víctimas del pecado*, Madrid 2004.

15. *Suma Teológica*, III, q 60, a 3.
16. K. Rahner, "Iglesia de los pecadores", *Escritos de teología VI*, Madrid 1967, 295-313.
17. Es clásico el estudio de H. U. von Baltasar, "Casta meretrix", en *Ensayos teológicos*, Vol. II, Sponsa Verbi, Madrid 1964, p. 239-254.
18. K. Rahner, *Iglesia de los pecadores*, l.c., p. 313.
19. J. Ratzinger, *Introducción al Cristianismo*, Salamanca 1969, p 293.
20. Ireneo, *Adv. Haer.* V, 6, 1.
21. V. Codina, *Creo en el Espíritu Santo. Pneumatología narrativa*, Santander 1994, sobre todo p. 31-50.
22. P. Evdokimov, *La connaissance de Dieu selon la tradition orientale*, Lyon , 1967, p. 146.
23. Ignacio Hazim, *La Résurrection et l'homme d'aujourd'hui*, Beirut 1970, p. 31.
24. Ireneo, *Adv. Haer.* III, 24,1.
25. J. I. González Faus, *Vicarios de Cristo. Los pobres en la teología y espiritualidad cristiana*, Madrid 1991.
26. Eusebio de Cesarea, *Vida de Constantino*, 3, 15.
27. Hilario, *Contra Constantium imperatorem*, 4-4, PG 10, p. 580-581.
28. V. Codina, *Para comprender la eclesiología desde América Latina*, Estella, 3ª ed. 2000.
29. J. Comblin, "Los Santos Padres de América Latina", *Revista Latinoamericana de Teología*, n. 65, mayo-agosto 2005, p. 163-172.
30. Recomendamos el excelente artículo de E. López Azpitarte, "Entre la obediencia, el conflicto y la transgresión", *Sal Terrae*, n. 1096, diciembre 2005, p. 975-987.
31. J. I. González Faus, *La autoridad de la verdad. Momentos oscuros del magisterio eclesíastico*, Barcelona 1996.
32. Cita en E. López Azpitarte, l.c. p. 979
33. Y. Congar, *Verdaderas y falsas reformas de la Iglesia*, Madrid 1953. Este libro, que hoy nos parece sumamente equilibrado y evangélico, en su tiempo fue mandado sacar de las bibliotecas de seminarios como peligroso para los jóvenes.
34. V. Codina, "San Ignacio y Paulo IV. Notas para una teología del carisma", *Manresa*, 40 (1968) p. 337-362.
35. Ver nota 6.
36. Carta de Congar a su madre en su 80 aniversario del 10 de septiembre de 1956, desde su exilio de Cambridge, en Y. Congar, *Diario de un teólogo (1946-1956)*, Madrid 2004, p. 473-474.
37. K. Rahner, *El sacerdocio cristiano en su realización existencial*, Barcelona, 1974, p. 258.
38. B. Häring, *Mi experiencia de Iglesia*, Madrid 1989, p. 167-168.
39. V. Codina, "La noche oscura del P. Arrupe", *Manresa*, 62 (abril junio 1990) p. 165-172.
40. R. Garaudy, *Parole d'homme*. Paris 1974.